

INFOCOP

Nº 24. Julio-Septiembre 2005.

Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos. España.

ISSN 211-7851

HOMOSEXUALIDAD Y ADOPCIÓN. ENTRE LA CIENCIA Y EL PREJUICIO.

María del Mar González

A lo largo de los últimos meses hemos asistido a un encendido debate en nuestra sociedad al hilo de la reforma del código civil que abría la posibilidad de que parejas del mismo sexo pudieran formalizar su unión como matrimonio, con todos los derechos asociados a éste. Junto con la propia consideración en sí del término "matrimonio", el aspecto más polémico de esta reforma ha sido el relacionado con la posibilidad de la adopción conjunta de menores por parte de parejas de gays o lesbianas que con este cambio legislativo se propiciaba. Era éste el ámbito con respecto al cual había más dudas en la sociedad, especialmente en cuanto a la posible incidencia en el desarrollo y ajuste psicológico de niños y niñas del hecho de crecer en un hogar de madres lesbianas o padres gays, aquellos que denominamos "homoparentales". Por esta razón, se nos ha solicitado a profesionales de la Psicología la opinión experta en distintos foros, incluido el Senado, en cuya Comisión de Justicia se celebró una sesión de comparecencias el pasado 20 de junio. Dada la relevancia social del tema y las implicaciones que va a tener para el trabajo de psicólogos y psicólogas en distintos ámbitos (protección de menores, educación o salud, entre otras), nos parece que tiene sentido efectuar una síntesis del estado de la cuestión.

Para aproximarnos al desarrollo infantil y adolescente en familias homoparentales, comenzaremos analizando someramente la situación de este ámbito de estudio, caracterizado en primer lugar por su juventud, puesto que las primeras publicaciones ven la luz mediada la década de los setenta. A las limitaciones metodológicas que habitualmente acompañan los primeros pasos en una nueva área de estudio -investigaciones aisladas, con análisis sobre todo de "productos" más que de procesos- se han unido en este caso las dificultades de acceso a un colectivo que ha sido rechazado y perseguido, razón por la que bastantes de estas investigaciones se han realizado con muestras pequeñas a las que se ha llegado de modo incidental (con el consiguiente posible sesgo en su composición) Sin embargo, también se dispone en la actualidad de estudios realizados con muestras más amplias y aleatorias, varios de ellos de carácter longitudinal, y en los que se han efectuado análisis no sólo de los productos sino también de los procesos de construcción del desarrollo. Hemos de decir que estas investigaciones se han llevado a cabo sobre todo en Estados Unidos y Reino Unido, pero también más recientemente en Bélgica, Francia, Holanda, Canadá, y España (ver tabla)

Si algo caracteriza los resultados obtenidos de los distintos estudios realizados en diversos países a propósito de las familias homoparentales y los chicos y chicas que crecen en ellas es su tremenda congruencia. Por ello, es relativamente sencillo sintetizarlos, como pasamos a exponer:

- Gays y lesbianas son progenitores tan sanos y ajustados psicológicamente como los heterosexuales; como estos, se comprometen con su papel como padres o madres y pueden ser igualmente buenos concededores del desarrollo infantil y de cómo intervenir en él para potenciarlo.
- Son tan capaces como los heterosexuales de organizar contextos educativos favorecedores del desarrollo, tanto por los estilos educativos que desarrollan, con buenas dosis de afecto y comunicación, al tiempo que normas y exigencias de responsabilidad a sus hijos o hijas, como por la vida cotidiana estable y variada que procuran para ellos y ellas.
- Las parejas de madres lesbianas o padres gays suelen establecer relaciones igualitarias en las que comparten las tareas domésticas y de cuidado de sus criaturas (algo no tan común entre las parejas heterosexuales), relaciones que suelen mostrar un buen ajuste y con las que están muy satisfechas.
- Estas familias están integradas en redes sociales tan amplias como las del resto de la población, redes que son variadas, ya que están compuestas por personas homosexuales y heterosexuales, con hijos y sin ellos, así como por amistades y familiares, de quienes reciben el apoyo necesario para sus tareas parentales.
- Los hijos de gays y lesbianas muestran un desarrollo sano y armónico en las distintas dimensiones que se han estudiado: autoestima, ajuste emocional y comportamental, identidad sexual y genérica, competencia social, competencia académica, desarrollo moral e integración social, tanto durante la infancia como en la adolescencia o joven adultez.
- En ninguna de estas dimensiones expuestas se han encontrado diferencias con los hijos o hijas de familias heteroparentales, excepto en su mayor flexibilidad con respecto a los roles de género, sus menores prejuicios con respecto a la homosexualidad y la mayor libertad y reflexión con la que definen su orientación sexual, hacia la heterosexualidad o la homosexualidad en proporciones similares a como lo hacen quienes viven en familias heteroparentales.
- Y lo que es más importante, no se ha encontrado que la orientación sexual de los progenitores sea una variable que determine o comprometa el ajuste psicológico de hijos o hijas, sino que, como ocurre con las familias de progenitores heterosexuales, aquél es deudor de variables de dinámica familiar, como el grado de afecto o de conflicto en las relaciones parento-filiales, la implicación activa de ambos progenitores en su crianza, su mayor o menor estrés, etc.

Sobre la base de estos resultados, las organizaciones profesionales norteamericanas de Psicología, Pediatría, Psiquiatría, Psicoanálisis y Trabajo Social (ver tabla), entre otras, han efectuado pronunciamientos públicos a este respecto. Así, han concluido que los hijos o hijas de progenitores homosexuales tienen las mismas condiciones de salud, ajuste y desarrollo que quienes viven con progenitores heterosexuales; han abogado por el matrimonio entre gays y lesbianas, a quienes

consideran tan capaces como los heterosexuales de construir contextos sanos y promotores del desarrollo, al tiempo que se han pronunciado a favor de la parentalidad compartida de los niños y niñas que viven con estas parejas, remarcando la seguridad en todos los planos de la vida que les aporta el reconocimiento legal de su relación con ambos progenitores. En España, el Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid se ha pronunciado para hacer constar, en la misma línea, que los niños y niñas que crecen con progenitores homosexuales no presentan más problemas que quienes conviven con heterosexuales.

Con todos estos datos y pronunciamientos públicos, resulta sorprendente la polémica que se ha producido no ya en la sociedad española en general, sino dentro del propio colectivo de profesionales de la Psicología o la Psiquiatría, de la que se tuvo buena muestra en el propio Senado, tal y como se recoge en su diario de sesiones y reflejaron los medios de comunicación, o la que también se constató en el dossier especial de debate dedicado al tema por la Revista *Infancia y Aprendizaje* en el número 3 del volumen 27, en 2004. Como ya hemos expuesto, en estos momentos resulta injustificado seguir manteniendo que los hijos de gays y lesbianas van a tener un desarrollo psicológico desviado y patológico, puesto que no hay un solo estudio empírico que avale esta afirmación. Quienes la han sostenido se han basado fundamentalmente en dos tipos de argumentos igualmente apriorísticos, detrás de los cuales se esconden prejuicios que creemos deben desvelarse.

El primero de los argumentos esgrimidos tiene que ver con la necesidad de la presencia de una figura materna y otra paterna en un hogar, como requisito imprescindible para que niños y niñas tengan un desarrollo sano y armónico. Ciertamente, la gran mayoría de las teorías clásicas acerca de la construcción del desarrollo en el contexto familiar sostenían afirmaciones parecidas que nadie puso en discusión, pero que la investigación en diversidad familiar ha ido desvelando como carentes de base. Hoy sabemos que lo importante de un hogar para que sea un buen contexto de desarrollo no es si hay un progenitor o dos, o si son del mismo o distinto sexo, sino su grado de compromiso vital con niños y niñas, su capacidad para generar vínculos estrechos y crear entornos cálidos y estables. En resumen, es la calidad de la vida familiar, y no la estructura del hogar, la variable determinante. Entendemos que son sencillamente prejuicios heterosexistas los que subyacen a afirmaciones como la expuesta, o lo que es lo mismo, asumir que el estilo tradicional de vida de las personas heterosexuales, también en el ámbito familiar, constituye la norma con la que se ha de comparar al resto de la sociedad, entendiendo como desviación de la norma lo que sencillamente son modos distintos de establecer la convivencia.

El segundo argumento frecuentemente utilizado es relativo a la estructura patológica del psiquismo de gays y lesbianas, de los que se afirma han construido su identidad de un modo problemático o desviado, estando caracterizados por el egocentrismo, el narcisismo o la inmadurez afectiva. Estas afirmaciones resultan como mínimo sorprendentes, cuando no escandalosas, puesto que hace ya más de tres décadas que la comunidad científica extrajo la homosexualidad del ámbito de la patología y han pasado quince años desde que lo hizo la propia Organización Mundial de la Salud. A nuestro juicio, estaríamos ante una mirada de nuevo teñida de prejuicios, en este caso de carácter homófobo, que han estado en la base de

determinadas teorías clásicas del desarrollo de la personalidad y que necesitan ser revisadas desde un punto de vista que contemple las distintas orientaciones sexuales como modos diversos, pero igualmente sanos, de vivir el amor y el erotismo.

En definitiva, sirva esta polémica para animarnos a revisar los postulados en los que asentamos nuestro quehacer profesional, de los que no siempre somos conscientes y que, con demasiada frecuencia, han sido asumidos sin discusión por estar basados en teorías tradicionales, ayunas en muchos casos de prueba empírica. Sin duda, en esta sociedad cambiante en la que nos ha tocado vivir, aparecen nuevas realidades sociales que plantean nuevos interrogantes a la profesión, a los que habremos de intentar responder con todo el rigor y toda la honestidad, y eso pasa por revisar lo que de prejuicioso y carente de base pueda haber en nuestros planteamientos. Estudios recientes efectuados en Estados Unidos con profesionales de la Psicología implicados en procesos adoptivos han desvelado hasta qué punto los prejuicios con respecto a la homoparentalidad pueden lastrar nuestra labor. Y no parece que las promociones futuras estén exentas de momento de este sesgo de subjetividad, al menos así parece desprenderse de otro estudio llevado a cabo con estudiantes de Psicología en una universidad española (ver tabla) Por todo ello, necesitamos revisar la formación inicial de quienes ejercerán la profesión en el futuro, de una parte, y, de otra, efectuar toda una labor de reflexión y adaptación de quienes ya la desarrollamos en distintos ámbitos.

Ciertamente, no sólo deben analizarse prejuicios y, por tanto, actitudes de partida, sino que también hay que avanzar en conocimientos y diseñar nuevos procedimientos. Así, necesitamos efectuar más estudios que nos permitan tener ideas más precisas de distintos aspectos de los que sabemos menos, por ejemplo, las especificidades de las adopciones efectuadas por madres lesbianas o padres gays, las estrategias educativas de prevención de la homofobia o los procesos específicos de construcción de la identidad en la adolescencia y joven adultez de sus hijos o hijas. Por otra parte, se hace cada vez más necesario diseñar protocolos específicos de trabajo con este tipo de familias, tanto en cuanto a su valoración de idoneidad para la adopción, como en el abordaje educativo que de ellas y con ellas se hace en la escuela o en cuanto a su tratamiento en el ámbito sanitario o en los servicios sociales, entre otros campos. Estas y otras tareas se nos antojan imprescindibles si, como profesión, aspiramos a hacer frente a los retos que estas nuevas realidades familiares nos están planteando.